

Editorial

DESDE el año 1978 los veranos de Almagro van ligados, de forma inseparable al Teatro Clásico. En aquel año se inició el que actualmente es Festival Internacional de Teatro Clásico.

Durante unos días las calles y plazas de nuestra ciudad se convertirán en escenarios improvisados donde irán desfilando personajes y temas de siempre, pero que no por ser conocidos y sabidos son menos atractivos, porque lo clásico es aquello que siempre está vigente, aunque las formas en que se nos presenta cambien. Y es que los temas y tratamientos de nuestro teatro del siglo de oro son temas que, con los cambios obligados que produce el tiempo, siguen estando presentes aún en nuestro momento, tal vez por esto sea por lo que el teatro clásico no debe ser nunca un teatro "arqueológico", sino un teatro vivo que siga comunicando sentimientos entre los ciudadanos sean de la época que sean. Tal vez por esto, también, estemos asistiendo a un inusitado interés del gran público por las obras de nuestros autores clásicos.

El teatro es trasunto de la realidad, pero también es magia, ilusión, cuando se encienden las candilejas un mundo nuevo está a punto de aparecer ante nuestros ojos, un mundo que es al mismo tiempo real e irreal, que nos saca de nuestros desvelos cotidianos para hacernos partícipes de otros asuntos, que aparentemente no son los nuestros, pero sólo aparentemente, porque todo autor teatral refleja en sus obras algo de esa alma humana que es común para todos los hombres. Como todo lo que tiene en su composición magia, el teatro necesita apertura de mente y de corazón, cuando el teatro ha estado amordazado, perseguido y acosado, ha sido en aquellos momentos históricos en los que la intolerancia ha amordazado el pensamiento y las ideas, y es que el teatro no puede subsistir en ambientes donde falte libertad, porque ésta es un ingrediente necesario para que pueda existir la imaginación creadora.

F. DEL RÍO
